

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, ADRIANO M. AGUIAR, DIEGO CAPELLA Y PONS, MIGUEL F. RODRIGUEZ Y JUAN CARLOS CARVALHO

| | | |
|--|------------------|---|
| ADMINISTRACION Calle del Uruguay núm. 411 | AÑO I — NÚM. XIX | SUSCRICION ADELANTADA Cuatro números \$ 0.50 |
|--|------------------|---|

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, NOVIEMBRE 22 DE 1885

SUMARIO — Alfredo y Delia, por Diego Capella y Pons—Notas perdidas, poesía por Miguel F. Rodriguez—Leyenda, por Yvan, (continuacion)—A.... poesía, por Adriano M. Aguiar—La góndola misteriosa, Miguel Angel, por Pedro Ximenez Pozzolo (continuacion)—Date elemosyna, poesía, por Fernando Rios—***, por A Castro y Barbosa—¡¡Si al fin eres mujer!!... —poesía, por Manrique—Por unas flores, poesía por Rafael P. Blanco—Rimas—Notas.

Alfredo y Delia

A MI QUERIDO AMIGO P. XIMENEZ POZZOLO

(CONTINUACION)

A mi izquierda, había una estatua que figuraba una mujer llorando, con un corazon en las manos; en uno de sus lados había un conjunto de personas, representando al mundo, que acribillaban al corazon arrojándole flechas; en el otro, la virgen sacándose las con cuidado y enjugando sus ojos humedecidos por el llanto. Un poco más adelante, un pequeño lago, lleno de sirenas, que se entretenían con las pequeñas olas y que reflejaban en sus semblantes una felicidad completa.

Por toda la extension de aquel paraje, se elevaban diversidad de plantas llenas de fragantes flores: rosas blancas, jazmines rojos, claveles amarillos, todo combinado con el verde puro de las hojas.

Animales de todas clases vagaban por aquella mansion: leones reclinados en el suelo, tigres caminando pausadamente y que me miraban con aire de amistad; culebras, hienas, elefantes, todos inofensivos y cariñosos. En fin; todo allí respiraba bon-

dad, alegría y un algo sobrenatural que nunca podré expresar bien.

Delia estaba sentada entre unas rocas, en el centro de aquel jardin, y me miraba, atrayéndome. Sonreía, y con los brazos abiertos, esperaba que yo llegara á su lado para abrazarme. Muy cerca de esas rocas brotaban suavemente, nubes de todos colores y formas, de una cascada de agua que al despeñarse pasaba suspirando por porcion de pequeñas rocas, siguiendo diversos rumbos y arrastrando entre sus ondas, flores y hojas, hasta perderse á la vista en un campo de violetas.

Yo, transportado de alegría llegué hasta Delia y nos abrazamos con amor, dándonos un beso que los écos multiplicaron y las aves recibieron con gorgoros divinales....

Alfredo, me dijo ella, ¿recuerdas aquel dia en que me regalaste un ramo de pensamientos, diciéndome: el símbolo de estas flores es: «solo en tí pienso?» Recuerdas aquellos momentos, en que por primera vez me hablaste de tu amor, momentos felices en los que yo llena de gozo, apenas podia contestar á tus cariñosas palabras? ¿Recuerdas aquella lóbrega noche, en que tu llegaste de un largo viaje por el desierto? Aquella noche en la que te explicaron lo grave que era mi enfermedad, y en la que tu en vano querias ocultar á mi vista las lágrimas que vertian tus ojos? Recuerdas que yo tambien lloraba y que asidos de las manos nos juramos eterno amor?—Aún sé cuales fueron tus palabras y las mias, en aquel terrible momento.

Delia, me dijiste: mi corazon siempre será tuyo; consuélate, no llores más, trata de reponer tus fuerzas; vive y seremos felices—vive, que la vida para nosotros será una dicha sin fin. ¡Imposible Alfredo!... te contesté yo, porque notaba que mi vida se desvanecía y sentí que se escapaba el

alma de mi ser. Entonces tú, notaste que mis manos ya no oprimían á las tuyas y que poco á poco perdían el calor; y temblando de tristeza, dijiste: ¡helada! fría! ¡muerta! ¡Dios mio! . . . ¡Delia, Delia! vuelve á la vida! . . . ¡ay! te juro que aunque nuestras vidas se separen en la tierra, nuestras almas, nunca, nunca se separarán. . . .

Despues, hablaste á mi querida madre, ¡mi madre querida! que no se habia separado ni un momento de mi lecho de dolor y que siempre con su constancia y cariño trataba de ahuyentar los sufrimientos que gradualmente me arrebataban la vida. La quisiste consolar, y el llanto ahogó tus primeras palabras, y madre y tú, lloraron, lloraron, ella gritando: hija del alma, y tu, Delia querida!

Despues! . . . despues! . . . para que decirte lo que pasó despues; tú bien lo sabes ¿no es verdad?

Ha pasado ya un año. . . ¿Te has olvidado ó aún recuerdas todo eso? . . .

—Delia, vida mia, exclamé, todo lo recuerdo y lo recordaré mientras tenga alma,—mientras tenga corazón. El amor, el intenso amor que hacía tí yo tenía, hoy lo conservo, y lo conservo más intenso porque por tí he sufrido; porque por tí, se me han escapado de los ojos en forma de lágrimas, las ilusiones y las esperanzas de la vida. Con tu amor, mi pasaje por la tierra, hubiera sido el más feliz; sin tí, mi vida en este mundo es una fuente inagotable de sufrimientos.

—Todo lo sé, me replicó Delia con dulzura: al abandonar la tierra, voló mi alma al cielo; se descorrió la venda de mis ojos, la venda que en el mundo oculta la verdad á los mortales y penetré en tu conciencia y supe que me querías—que no eran falsas las palabras que habian pronunciado tus labios. Por eso, siempre te he protegido desde el cielo; por eso, aún en las noches que mas has llorado, han sido plácidos tus sueños; y por eso, hoy he aparecido en el desierto para libertarte de los indigenas.

Despues, quedó un momento en silencio, y noté al mirarla que sus facciones se animaban mas que sus ojos me electrizaran con aquella mirada que tantas veces habia trocado mi enojo en alegría—que sus me-

jillas se coloreaban de carmin y rosa,—que sus labios sonreían débilmente, y que su pecho se movía, impulsado por una respiración acelerada.

Yo, sin darme cuenta de la situación en que me hallaba, exclamé: Angel divino, una idea asalta y trastorna mi mente, ¡yo no me engaño en este momento, no! ¿Tú eres Delia, la misma mujer que me enajena el pensamiento ó. . . eres aparición, sueño fantástico de mi alma enamorada? . . . ¡Ah! Yo sueño, sí, yo deliro; este oasis; esas aves, alhajas de piedras brillantes y preciosas que pululan en el espacio, iluminando como soles y cantando sublimes melodías; esas mujeres, modelos de belleza, que se bañan en aguas de luz desconocida; esa fuente—esa cascada—esa estatua! . . . ¡Dios mio! protégeme, mi delirio es cruel, no me hagas palpar las felicidades del cielo, para arrojarme despues en el lodazal de la Tierra.

—Alfredo! Alfredo! gritó ella; tú no sueñas, nó; no son hijas del delirio las imágenes que vez; yo soy Delia, sí, la misma Delia que murió con tu nombre en los labios, y que te amará siempre! . . . siempre! . . .

Estos objetos que te rodean y que los encuentras extraños, son un reflejo de los que existen allá arriba. . . ¿No recuerdas, cuando con amor me decías, que nos amaríamos en el cielo tanto como en la tierra? Tú creías que la vida del alma no concluye en este mundo; que ese más allá de que hablan los poetas, es una hermosa realidad, y no te engañabas. Yo, despues de muerta, me encontré trasportada á esa mansion, que es más pura y deliciosa que esta. Allí, los dolores del alma no existen: todo son placeres y felicidades; allí, tan solo con la mirada se penetra en el corazón de nuestros semejantes y se comprende que albergan santos sentimientos, porque en el cielo donde yo habito tan solo moran los buenos y los justos; allí, no existen las perfideas de la tierra, no hay envidias, celos, crueldades ni calumnias; allí no soplan esos vientos que todo lo arrasan y queman; no hay tempestades, ni estos montes de arena que amenazan á cada momento al que peregrina por el desierto; todo es dulce y plácido; todo respira amor y alegría. Las pequeñas aves que ahora oyes cantar en esas palmeras, en el cielo cantan de una manera más sublime; esas luces, esos árboles, esa

fuelle —¡todo en el cielo es deslumbrador
y divino!

.....
.....

—Alfredo, dime, ¿es cierto, que me amas hoy tanto como me amabas antes?

—Delia!... te amo mil veces mas!

—Pues... ya que siempre me quieres, me dijo, y... ya que nos tendremos que separar porque tu vives en la tierra y yo en el cielo; dime... quieres venir conmigo?

—¡Ir contigo! ¿Adonde?

(Continuará)

Notas perdidas

I

«El corazón siempre es jóven»
Dice un adagio muy cierto,
Y no se encuentra en razón
El alma con los cabellos.

Y yo que mi edad es poca,
Y tengo el cabello negro,
Ya me encuentro sin embargo
Con el corazón muy viejo.

II

Ven, querida hermosa mia,
Pon tu mano aqui en mi mano,
Que de su palma de seda
Quiero sentir el contacto.

Ven y no temas que caiga
Sobre ella mi triste llanto,
Ni que gimiendo te cuente
Solo pesares amargos.

Hoy ya mis ojos no lloran,
Llevó la risa en los lábios,
Y en vez de palabras tristes
Arrojo punzantes dardos.

III

Tu mataste mi jóven corazón
Con el golpe de tu última palabra,
Dejando solamente su cadáver
Bañado por las ondas de mis lágrimas.

Feliz amortajado desde entonces,
Cubierto del olvido con las alas,
No teme levantarse del sepulcro
Al soplo engañoso de la esperanza!

Miguel F. Rodriguez.

Leyenda

(CONTINUACION)

VI

Durante el almuerzo, Aminda, y Melgarejo que hacia un momento habia regresado, no articularon una sola palabra, pero sí se miraron fijamente, sosteniendo con sus ojos un diálogo sublime sin palabras, pareciendo que en el hilo de luz de sus miradas, se confundian sus pensamientos y se besaban sus almas.

Los padres de Aminda, observaron con indecible extrañeza, el cambio tan repentino de carácter en Melgarejo, que la noche antes se habia mostrado decidior, expansivo y cariñoso, y ahora se mostraba sombrío, adusto y taciturno; pero supieron respetar su sufrimiento, no inquiriendo la causa secreta que lo originaba.

Durante la comida, sucedió lo mismo que en el almuerzo, todos permanecieron sumidos en el mayor mutismo, como si estáticos escucharan el murmullo del viento que se deslizaba veloz rozando la esmeraldina fronda del ombú, ó el canto vespertino lleno de melancolia que entonaba la alondra.

Mas las almas de Aminda y Melgarejo no percibian nada de lo que pasaba á su alrededor, y solo atinaban á acariciarse con miradas llenas de amor y ternura.

Eran dos corazones que latían al unísono, dos almas gemelas unidas por el dulce eslabon del amor, que al sentir aproximarse el terrible instante de su separacion, demostraban su dolor enmudeciendo, porque el verdadero dolor, aquel que hace sangrar al corazón, como el abismo del espacio es mudo.

Aminda pensaba y con verdad, que hay despedidas que son precursoras de esa tan solemne como imponente, que se hace al abandonar el mundo dejando seres tan queridos, cuando el alma repudia sus miserables vestiduras carnales, para tender sus invisibles alas y penetrar en la region celeste, donde encuentran su sancion, todos los actos de la tierra.

Aquel ser á quien amaba tanto, aquel ser que formaba la esencia de su vida, condensando toda su fé y su religion, se alejaria muy presto de su lado y sabe Dios si para no volver mas.

Alejándose de su lado, huiria para ella

la luz, y su vida seria un eterno vagar entre heladas brumas y letales sombras.

Talvez al separarse, se abriría entre ambos un abismo insondable, una vaila inaccesible, de esas que solo puede salvar el pensamiento humano, esa ave temeraria de robustas alas y vertiginoso vuelo, que ya se remonta perdiéndose en las regiones etéreas para escuchar el concierto de los astros y mirar frente á frente al sol, ó se hunde en los profundos abismos del mar; ya se posa en los mas encumbrados picos de los titánicos montes de la tierra ó desciende al fondo inflamado de los volcanes.

Amar por ser correspondida, es amar como mujer; amar por el placer de amar, es como aman los ángeles; y Aminda era un ángel, uno de esos seres privilegiados que tienen por pátria el cielo y que son verdaderos proscritos en este mundo tan variable, semillero de acerbos dolores.

Al día siguiente, cuando la aurora comenzaba á ataviar con sus espléndidas galas al cielo, prestándole su régio manto de nácar y oro con preciosos encajes de záfiro y rubí, ya Melgarejo con su corcel aparejado se disponia para la partida.

Aminda con los ojos aún irritados por el llanto de la noche, lo contemplaba muda, siguiendo anhelosa sus menores movimientos.

¡Que descos intensísimos sentia de llorar, llorar mucho... y sin embargo se veia obligada á reprimir las lágrimas que la ahogaban y aparentar serenidad para ocultar su duelo!

Melgarejo la miraba contristado y silencioso, encontrándola con su expresion de profundo dolor, mucho más hermosa, y en aquel momento no hubiera apartado de ella los ojos, ni aún para mirar el mismo cielo.

Entónces se sentia débil para alejarse de aquella mujer que sintetizaba sus más nobles ambiciones y su gloria en esta vida deleznable, aquella mujer cuyo corazon rebotante de amor y de inocencia, se inclinaria al soplo purísimo de su voluntad, como se inclina el plumon de un cisne al tibio soplo del hálito de una virgen.

Pero llegó el momento fatal de la separacion, y Melgarejo, trémulo y cubierto con la palidez mate de la muerte, dió un último adios á aquellos seres tan benévolos, que habian dejado en su alma el profundo surco de un imperecedero recuerdo y sal-

tando bruscamente sobre la montura de su corcel, le aflojó las bridas, lo espoleó nervioso y se lanzó á galope tendido por la llanura, sin volver una sola vez la cabeza, temeroso sin duda de sentir debilidad y volver á desandar lo andado.

Aminda lo veia alejarse, fatigosa y febril, como queriendo con cada mirada de tener la marcha rápida del caballo, cuyas pisadas en el duro suelo resonaban en su corazon, como los llamados lúgubres de la campana, cuando se abren para un alma las puertas de la eternidad.

Parecia que en aquel ser se hallaba concentrada toda su vida, porque á cada vara de terreno que ganaba el ginete, parecia escaparse un destello de su espíritu, y cuando este llegó á perderse tras la sombra de un cerro, como herida por un rayo cayó al suelo.

(Continuará.)

A . . .

Rica la pátria oriental
La vió en su seno nacer,
Orgullosa de poseer
Tanta belleza ideal,
De su boca de coral
El perfume embriagador
Va derramando el amor
Por dónde quiera que pasa,
Es la reina de su casa . . .
Y yo soy su trovador!

Hermosa y galana flor
De una eterna primavera,
Mansa tórtola que espera
El arrullo del amor,
Oásis halagador
Del desierto de la vida
Que al descanso nos convida
Con sus dulces emociones
Y vuelve á los corazones
La ventura ya perdida.

Rara y cándida hermosura,
Gallarda como la palma,
Lleva escondido en el alma
Un tesoro de ternura,
No parece una criatura
De esta mansion terrenal,
Como antorcha sideral
Esparce luz y embeleso,
Mas pura que el blando beso
Del áura primaveral.

Siempre bella y vaporosa
Lleva la vida en sus ojos,
Y en sus lindos labios rojos
Tierna sonrisa reposa,
Como aérea mariposa
Cruza el mundo sin dolor,
De un ensueño encantador
Entre la flotante gasa,
Parece un ángel que pasa...
Y yo soy su trovador!

Montevideo 1885.

Adriano M. Aguiar.

La Góndola Misteriosa

(CONTINUACION)

MIGUEL ÁNGEL

A los pocos minutos se presentó Corina, y colocando un servicio de café sobre una pequeña mesa de ajedrez que ocupaba el centro del camarín, dijo á Débora:

—¿Tiene algo que ordenar la señorita?

—No, Corina; si quieres puedes retirarte.

Salió la muchacha rápidamente, como había venido, no sin ántes dirigirme una mirada como si quisiera reconocermé.

Débora, al verla desaparecer, me invitó con una señal á que me acercase á tomar el café, y cuando hubimos tomado asiento frente á frente, separándonos tan solo el ancho de la mesa, me dijo:

—Antes de llegar al calvario de mi desgracia, es preciso que refiera ciertos hechos ignorados por el mundo, y que no quisiera fuesen conocidos ántes de que la Parca corte el hielo de mi amarga existencia.

—Me jura, añadió despues de un instante de silencio, que mientras yo viva nadie sabrá por sus labios el secreto que Vd. quiere conocer?

—Lo juro, le contesté con resolucion.

Entónces me clavó Débora una mirada profunda, como si quisiera investigar la firmeza de mi determinacion, y despues agregó:

—Si es así voy á exponer mi conciencia á sus ojos; nó para que se me juzgue, sino para que se me compadezca en mi infortunio, como esti obligado á compadecerme el que oiga el relato de mis amarguras y la

expresion sincera del arrepentimiento que se ha levantado en mi alma.

—Pero, tomemos el café, prosiguió, y se puso á beber á pequeños sorbos el que había en la taza, que yo le había servido.

Hice lo que me decía, sin que me diera cuenta de ello, casi máquinalmente. Y tomé un sorbo, y luego otro; pero, al tomar el tercero, me pareció que el café tenía un gusto particular, y hasta empecé á sentir dentro del pecho una conmocion extraña, que me descorazonó.

Entónces recordé á Francesco, me acordé de todos los pasajes de las historias y novelas en que se referia algun crimen cometido en Venecia y pensé en el agua tofana, y en todos los envenenamientos, y saqué en conclusion que aquella mujer seductora que tenía ante mis ojos no era más que la Locusta de Venecia y que el café que yo había tomado no era más que un veneno. Me pareció que me enloquecia, y creí ver que mi cadáver, llevado por los gondoleros de la misteriosa embarcacion, era arrojado al agua, con una piedra atada á los piés para que ni quedara rastro siquiera del crimen que conmigo se había cometido.

Entónces no sé lo que fué de mí. Sentí pesadez y mareo; tuve deseos de gritar, pero no pude. Una frialdad horrible paralizaba en mi cuerpo la circulacion de la sangre y de la vida, y me considerè irremisiblemente perdido. Pero de pronto me sentí aliviado, pude pensar, asociando mejor mis ideas, y entónces me pregunté: ¿Estoy efectivamente envenenado, ó es esto el resultado de la aprension? Como yo no podia convencerme de que mi espíritu experimentaba una alucinacion tan tremenda, ya me iba á dar por envenenado, cuando Débora al alzar la vista y notar algo en mi semblante, que debió alarmla, me dijo con interés y con voz atrayente y dulce:

—¿Se siente incomodado amigo mio?

—Nó, le contesté algo repuesto, al oír la dulzura de sus palabras, con las que me pareció recobrar la vida, solo he experimentado un breve desvanecimiento, pero esto no es la primera vez que me sucede, añadí, tratando de dar á mis palabras un viso de verdad que no tenían.

—Entónces voy á proseguir mi historia.

Si, sí, continúe que la escucho, le dije ya mas tranquilizado, y tomando el café que ya no me parecía otra cosa, me olvidé de envenenamientos y crímenes y dediqué mi atención al relato de Débora, que se expresó en estos términos:

—En la época que vivíamos en Roma, había, frente á la casa de mis padres, un palacio construido sobre la Isla Tiberina cuya antigüedad la proclamaba su arquitectura y las huellas del tiempo en él impresas.

Era habitado, en aquel entónces, por un jóven artista que después de haber hecho sus estudios y haber visitado los principales centros del mundo, se había encerrado, por decirlo así, en el recinto de aquel palacio, dónde parecía haberse refugiado para aislarse por completo del bullicio social y dar vuelo suelto á los arranques portentosos de su génio.

Su nombre era Miguel Angel Arezzo, y los conocimientos artísticos que poseía eran tan completos, que hubiera podido servir de maestro en cualesquiera de las artes liberales.

Si se hubiera dedicado exclusivamente á la pintura hubiera sido un Apeles ó un Rafael; con un poco más de ejercicio en la escultura, habría sido un Fídias ó un Cánova, y de su cincel hubiera brotado la octava maravilla; si se hubiese dedicado completamente por la música habria sido un Palestrina ó un Orfeo; si una determinación fuerte y constante le hubiera encaminado hacia el Parnaso, para cantar las glorias de su patria, habria sido un Homero; para cantar los sentimientos íntimos un Píndaro ó un Petrarca, y para levantar los nobles sentimientos caídos y combatir á las pasiones insanas hubiera sido un Dante.

Pero el arte que mas le agradaba á Miguel Angel, ó mejor dicho, al que parecía tener mas vocación, era el de la pintura.

Eran tales los prodigios que realizaba con sus pinceles, que sus lienzos antes de ser cubiertos, ya tenían admiradores que se disputaban el derecho de la compra, y los retratos que salían de su paleta, eran la verdad hablando.

Pero no eran estos solamente los méritos de Miguel Angel.

Al mirarle, al primer golpe de vista, se descubrían en su semblante las cualidades de su espíritu.

En su frente abierta se adivinaba el despejo de su inteligencia.

Su expresión, era valiente como su apostura.

La franqueza que respiraba su fisonomía, manifestaba que su alma sin doblez se hallaba abierta á todos los afectos nobles y puros.

El tinte pálido de su tez hacía parecer más brillante el rayo de sus oscuras pupilas.

En el campo de los afectos era el extremo de la exageración. Las resoluciones de su voluntad lo proclamaban: ó miel, ó acibar. Ódio á muerte ó amor idólatra. Con el amor y la dulzura se le hubiera conducido hasta el infierno. En la lucha y en el enojo se hubiera sublevado al cielo.

Así era Miguel Angel.

Ahora voy á decir cómo es que le conocí; aunque no sé si tendré valor para tanto!

(Continuará.)

Date elemosyna

Cuando al dintel de tu palacio Augusto
Doliente llame quejumbrosa voz,
Y en tu régio festin reine el hastío
O adormecido se halle el corazón,
Contempla la penuria del anciano
En el funesto lecho del dolor,
La madre cuyo pan no basta al hijo
Y lo demanda por amor de Dios.

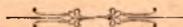
Contempla la fortuna fenecida,
La desnudez, el frío, la aflixion
Y la congoja con que oprime el pecho
La adversidad que todo lo arrolló,
Así cual vendabal que en negra noche
Se desata con impetu feróz
Y en los abismos el bajel sepulta,
Sin que jamás su prora dore el sol,

Contempla al ángel del eden caído,
Arrepentido del pasado error
O la orfandad gimiendo desvalida
O cercada de baja corrupción:
Entónces el pecho varonil herido
Por la voz afflictiva del dolor
El muro romperá de su egoismo,
Redimiendo al que gime en la aflixion.

Y en tu conciencia brillará serena
Esa luz inmortal que es puro amor,
Lumbre que une con la tierra el cielo
Y dignifica al Rey de la creación!

Noviembre 20 1885.

F. Rios.



Cuando vestida de luto
la casta Dïana marcha
y los astros resplandecen
en sus escaños de plata,
y en la frente de la loma,
tras de los pinos y acacias,
la lámpara de la noche,
melancólica se alza,
hostia de luz en el arco
de la bóveda azulada,
entónces el rey alado
de los cantos, pulsa el arpa,
y á su esposa le dedica
melodias ignoradas,
que hacen llorar al arroyo,
y estremecerse á las auras,
y temblar á las estrellas
y á las hojas en las ramas.

Oh niña si tú me quieres
si con tu amor mi amor pagas,
yo seré el ave canora
qué te deleite con cántigas.

A. Castro y Barbosa.



¡¡ Si al fin eras mujer!!!

Recuerdo, sí, aquel día
recuérdolo muy bien!
La tarde era serena
cuanto lo pudo ser.
La brisa suspiraba
con dulce placidez
nutrida de perfumes
de rosas y clavel.
La noche principiaba
sus alas á tender
y estrellas y luceros
llegaban á su vez.
Brillante en mi camino
de pronto te encontré
tan bella como el ángel

sublime del Eden!
El fuego que en tu pecho
debiera entonces arder
prestaba á tu mirada
sublime lucidez
Sonrisa delicada
de amores y placer
vagaba por tu labio
de grana y de clavel.
Mostrabas en tu aire
gentilica altivez,
sin pretension, ni asomo
de orgullo, ni desden.
Al verte así tan pura
no sé lo que pensé,
ni sé que grato sueño
cruzára por mi sien!
Tan solo, sí, recuerdo,
jamás lo olvidaré,
que puse mis ensueños
de amores á tus pies,
y que al verme rendido
mi amor así ofrecer
sensible me escuchaste....
¡¡ Si al fin eras mujer!!!

II

Pasaron los instantes
con suma rapidez,
lijeros cual las brisas
que no se ven volver...
Cual luminosas chispas
de ardiente sol que fué,
que en el inmenso espacio
se ven desaparecer!
¿Recuerdas, vida mía,
recuerdas, dulce bien,
las horas en que fuimos
en alas del placer?
¿Recuerdas los cantares
de amor que improvisé
al son de los acordes
de mi laúd novel?
Oh! yo, sí, los recuerdo
jamás los olvidé!
no pudo, no, llevarlos
el tiempo en su correr!...
¿Quién sabe si tu ahora
recordarás, mi bien,
la enamorada frase
que absorto te escuché,
cuando rendida y bella,
en el instante aquel,
tu amor me confesaste...
¡¡ Si al fin eras mujer!!!

III

Peio han pasado ráudos,
 como pasó el ayer,
 los sueños venturosos
 del tiempo que se fué.
 El sol de mis amores
 perdió su brillantez!
 ¡Inexplicables causas
 le han hecho oscurecer!...
 ¡Tu ya no eres la misma
 que un tiempo yo encontré,
 amante y cariñosa,
 colmada de placer!
 Pues hoy es tu sonrisa
 en vez de dulce, cruel;
 y muestra en vez de amores
 desdenes y esquivéz...
 Y miro yo en tus labios,
 que rebosaban miel,
 injustas expresiones
 que nunca imaginé!...
 ¿Porqué, ayer me brindaste
 la copa del placer,
 y el cáliz hoy me ofreces
 de ponzoñosa hiel?
 La causa de estos hechos
 no alcanzo á comprender;
 Y el cambio que has sufrido
 no sé atribuirlo á qué.
 Seguro estoy, mi prenda,
 de quien tanto esperé
 que queso que yo ignoro,
 no debes tu saber...
 Acaso tal vez seas,
 segun me ocurre creer
 variable, caprichosa,
 antojadiza y cruel...
 No hay más; por eso olvidas
 las dichas del ayer,
 y amores y promesas...
 ¡¡Si al fin eres mujer!!!

Manrique.



Por unas flores

A E. C. DE L.

Un pensamiento, una malva
 y unas violetas muy lindas
 como prenda maternal
 recibí hace pocos días.

Son del sér más bondadoso
 que he contemplado en mi vida,

de aquella que en mis dolencias
 me cuidó cual madre mía.

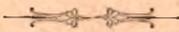
¿Que mucho que yo le pague
 sus maternas caricias,
 sus afanes por mi bien
 con la gratitud debida?

¡Benditas mil veces sean
 esas flores, y bendita
 la mano que me las dió,
 que al par que hace el bien, *castiga!*

Del alma hermosa las flores
 son la imagen fiel, divina;
 mueren, si, mas su belleza
 queda en la memoria viva.

Así tambien en mi pecho
 llevaré toda mi vida
 el recuerdo de esas flores
 de quien llamé madre mía.

Rafael F. y Blanco.



Rimas

Á MI QUERIDO AMIGO J. C. C.

Como la roca que se iergue altiva
 Entre las ondas del airado mar
 Y los embates del turbion no esquiva
 Pues en su frente lo verá estrellar;

Así tu espíritu, sereno y grande,
 Exuberante de vital calor,
 Fuerte y viril con frenesi se expande
 A los embates del mas cruel dolor.

Yran.



Nota

En la conferencia sobre *Causas eficientes de las obligaciones* del número anterior se han deslizado algunos errores de caja que por ser importantes, salvamos en éste, son los siguientes: Pág. 143, col. 2.^a nota, dice, Navarro Viola, debe decir, *Varela Stolle*; id. 144, col. 1.^a, lin. 29, dice, goza de la responsabilidad, debe decir *goza de la irresponsabilidad*; Id. 144, col. 1.^a, lin. 49, dice, por separarse, debe decir, *por separarme*.

Tipografía Oriental, calle 33 núm. 112.